

Córdoba ante el IV Centenario del Concilio de Trento

El 16 de Julio de 1545 se reunió en la pequeña villa de Trento, uno de los Concilios más famosos que registra la historia: convocalo el Soberano Pontífice Paulo III, Siervo de los Siervos de Dios. Dicho Concilio fué suspendido en 1547 para volverse a convocar en 1551, siendo de nuevo disuelto por la hidrofobia luterana de los príncipes alemanes y su ejército en 1552. El Papa Pio IV lo revivió de nuevo en 1562 acudiendo Obispos, Abades y religiosos de España, Francia y Alemania. Consérvase en la interior clausura de Santa Clara de Montilla la imagen de Cristo crucificado, que precidió este Ecuménico y general Concilio, en el cual resplandeció la luz de la verdad católica y fué condenada y abatida la herética pravedad luterana. Ignórase quién llevó a este insigne monasterio el Santo Crucifijo y lo regaló a la Venerable Condesa de Feria Sor Ana de la Cruz Ponce de León. Tanto ella como su suegra la Marquesa de Priego doña Catalina Fernández de Córdoba, mereciéronse tamaño regalo por haber trabajado denodadamente contra la herejía protestante, favoreciendo a la ínclita y naciente Compañía de Jesús, a San Francisco de Borja y a sus discípulos, y fundando en sus propios estados de Montilla el Colegio de la Encarnación donde hoy de nuevo trabajan los misioneros Jesuitas bajo la protección y el calor de los Santos del Beato Juan de Avila. En la contrarreforma o restauración que se operó en el siglo XVI debe colocarse al Apostol de Andalucía y Apostol de Europa, al lado del Patriarca San Ignacio de Loyola, San Carlos Borromeo, San Pedro Canisio y San Francisco de Sales. Dichosa ciudad, madre de ingenios soberanos, la Córdoba imperial que sintió las celestiales y evangélicas pisadas del Maestro de los Santos de aquél siglo de oro! felices los antiguos cordobeses que oyeron predicar aquella espiritosa lengua llena de sabia divina erudición y elocuencia, aquella bendita voz impregnada del más rico acero, que hace de su prosa un terciopelo, dulce y suave, cuando exhorta al ánima al amor de Dios. ¡Terrible cuando a la iniquidad del corazón fulmina sentencia aterradora! «Debe a sus cartas y a

otros escritos de este varón apostólico la Iglesia toda (dice el Padre Juan de Santibáñez, Historia General de la Provincia de Andalucía) mucha parte de su reformatión. Lo que trabajó para el buen expediente del Sagrado Concilio de Trento, sin salir de Montilla y Córdoba ¿cómo podrá creerse?

Lo que obró ausente, lo que remitió de advertimientos y tratados a aquella sagrada junta, es casi más de lo que se lee en actas, decretos y sermones del Concilio. Parte de estos escritos están en mi poder. Parecen obras de Agustín o Ambrosio». Si el Maestro Avila no asistió personalmente al Concilio de Trento fué por providencia especial de Dios, que le ordenó no abandonase nunca la dirección espiritual de la Condesa de Feria, tanto valía aquella bienaventurada alma ante Nuestro Señor.

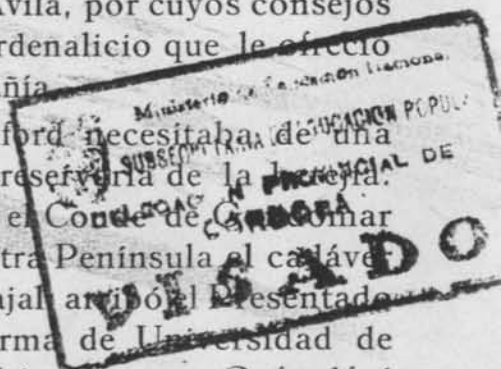
No obstante, el Beato trabajó de tal modo por el Concilio, como si hubiese asistido y su magisterio perdura en la Iglesia universal por sus escritos que siguen influyendo en todas las literaturas ascéticas. Si media Europa no fué protestante, débelo a la Compañía de Jesús, a San Ignacio, a su director el Maestro Avila, no menos que a la Sagrada Orden de Predicadores fundada en pleno siglo XIII por Santo Domingo de Guzmán. Con razón el genio de Zurbarán pintó el cuadro del triunfo del Doctor Angélico sobre la herejía platónica y luterana porque los teólogos Tomistas españoles habían contribuido a la refutación y desbarate de la herejía protestante en el Concilio de Trento, en sus sesiones solemnes junto a la Biblia levantando a Santo Tomás de Aquino sobre el pavés en la cumbre más alta de la civilización cristiana.

Padres del Concilio de Trento, tomistas insignes y teólogos eminentes, fueron aquellos cordobeses que responden a los nombres de D. Pedro de Pacheco, Obispo de Mondoñedo, Ciudad Rodrigo, Jaén y Sigüenza, gran servidor de Carlos V, Virrey de Nápoles, Presbítero Cardenal de Santa Balbina, que se halló en el Tridentino donde lucieron a maravilla su mucha doctrina y sabiduría. Nació en la Ermita de San Zoilo y eran tales sus virtudes y fama que cuando murió Paulo IV salió para el Solio Pontificio con veintiocho votos, resonando su nombre en todos los escrutinios en tanto grado que el Cardenal Alberto Pío, con otros, quiso romper su celda para exaltarlo por fuerza al Solio Pontificio. Ilmo. Sr. D. Fr. Diego de León, Prior del Carmen calzado de su patria Córdoba. Obispo de Coimbra. El Maestro Fr. Miguel de Medina, natural de Belalcázar (Córdoba), hijo del Convento Será-

fico de Santa María de los Angeles, en Sierra Morena. Fué sapientísimo teólogo en el Concilio, altamente instruído en las Sagradas Escrituras, en filosofía, en ambas historias, y en las lenguas Orientales.

En la ciencia y doctrina del Angel de las Escuelas, sobresalieron los frailes predicadores Padres del Concilio e hijos del real convento de San Pablo de su patria. Fr. Martín de Córdoba Mendoza, Obispo de Tortosa y Córdoba y su hermano Fr. Francisco de la Cerda, Obispo de Canarias, ambos hijos de los Condes de Cabra, Lectores de Teología y Priors de su Convento. El Padre Fray Gonzalo de Valladares y el Maestro Presentado Fr. Pedro de Soto. Las alcandoras de luz con que Córdoba hacía señales al mundo resplandecieron en el Tridentino, y allí cual la estrella de Horacio «Micat inter omnes estella Julia» brilló como astro luminoso, y varón singular Fr. Pedro de Soto, primer Teólogo Pontificio y Príncipe de los teólogos concurrentes. La ciudad angélica de los Mártires Córdoba florentissima civitas et Regia lo vió nacer, y en el nunca bien ponderado convento de San Pablo vistió el blanco hábito dominicano, profesando más tarde en San Esteban de Salamanca, en cuya célebre Universidad fué Catedrático de primera Teología; al mismo tiempo que asombraba a sus alumnos, su paisano el Maestro Fr. Pedro de Sotomayor, y era Rector magnífico de aquella casa de sabiduría el cordobés don Antonio Fernández de Córdoba, hijo de los marqueses de Priego. Aquél buen caballero y mejor discípulo del Maestro Avila, por cuyos consejos renunció al mundo, y hasta el capelo cardenalicio que le ofreció Julio III, por seguir a Cristo en su Compañía.

Empero la Universidad católica de Oxford necesitaba de una reforma en lo espiritual y material para preservarla de la herejía. Y en aquellas galeras reales en que otrora el Conde de Córdoba Embajador de España, conduciría a nuestra Península el caláve de la bienaventurada doña Luisa de Carvajal, arribó el Presentado Soto a las costas de Inglaterra. La reforma de Universidad de Oxford fué un triunfo para nuestro cordobés, porque en Oxford fué vencida la lucha de la herejía. Este triunfo se completó más tarde con la victoria que nuestro Cardenal Toledo consiguió del protestantismo cuando cayó a sus pies abjurando sus errores Miguel Bayo, docente de la Universidad de Lovaina donde había tremolado el banderín de la herejía: entonces Córdoba escribía páginas de gloria en la geografía del Universo, y eximios maestros hispa-



nos confesaban las doctrinas teológicas de Soto en las Universidades de Wurzburg, Maguncia, y Treveris, al mismo tiempo que Utrech, en Leiden, y en Croninga se estudiaba la Filosofía escolástica del jesuita cordobés Francisco de Toledo. Nombróle su confesor el Emperador Carlos V, y por su encargo asistió al Concilio de Trento, y allí fué acompañado del Embajador de España en el Concilio, Don Diego Hurtado de Mendoza, de sus hermanos de hábito los mencionados dominicos de San Pablo de Córdoba, y del gran Maestro Fray Melchor Cano, el más culto y elegante de los escritores dominicos, autor de un nuevo método de enseñanza teológica, basado en el estudio de las fuentes del conocimiento. Y el divino Soto que se sabía de memoria la Biblia y todos los escritos de San Agustín, Alberto Magno, Santo Tomás, Alejandro de Hales, Scoto, San Buenaventura, Platón, y Aristóteles, aquél apostol de Alemania que hablaba todas las lenguas, y en las disputas públicas convencía a los herejes luteranos, pues era un Demóstenes de la elocuencia, resplandeció en el Sacro Concilio Tridentino como un candelabro de la España imperial, siendo en él por delegación Apostólica el primer teólogo Pontificio y Príncipe de los teólogos concurrentes, teniendo nuestro cordobés allí tal autoridad, que si Soto no asiste a la asamblea, se suspendía la junta. Contra la soberbia y lujuria diabólica de Martín Lutero, Pedro de Soto hizo una saludable triaca refutando sus errores y constituyéndose en esforzado paladín de la infalibilidad Pontificia y de los derechos divinos del Vicario de Jesucristo en la tierra. Los eruditos en la lengua máter deben leer las obras de este dominico egregio recientemente publicadas por el Convento de San Esteban de Salamanca, en sus páginas de oro podrán leer la carta que escribió al Soberano Pontífice Pío IV.

Soto opinaba a la vez «que la autoridad de los Obispos es inmediatamente de derecho divino; pero que el Papa es superior al Concilio», y en una misma carta defiende ambas proposiciones. Don Nicolás Antonio, en su Biblioteca Hispánica Nova, hizo compendio de estas obras teológicas, y el cronista dominicano Obispo de Monópoli, escribió su vida. El Padre Mariana, S. J., dice de él: «que fué varón docto y pío, digno de mucha loa por haber perseguido los herejes; ya muy viejo le vimos en Roma trabajado de tempestades y temporales contrarios».

Murió el divino Soto a los veinte días de Abril de 1563, en Trento; asistieron a su magno entierro todos los Padres del Con-

cilio, con velas encendidas y cantando salmos y lo sepultaron con paz y con honor en el convento de San Laurencio, de su Orden de Predicadores. Ninguna ciudad de España estuvo tan bien representada en el Sacro Concilio Tridentino en el número y calidad de sus hijos como la patria del Padre de los Concilios Osio, que no fueron solamente siete los Padres y Doctores que Córdoba tuvo en aquella asamblea general de la Iglesia, sino otros muchos que aún no están averiguados porque su historia no se ha escrito aún por españoles, aunque bastaba solamente con el Príncipe de los Teólogos y primer Teólogo Pontífice Fr. Pedro de Soto «que es nuestro y en nuestra palestra aprendió a pelear contra los herejes», para que Córdoba, en esto como en todo, se lleve la palma.

Francisco Barbudo Torres de Portugal.



SUBDIRECCIÓN DE EDUCACIÓN POPULAR
DELEGACIÓN PROVINCIAL DE
CÓRDOBA
VISADO